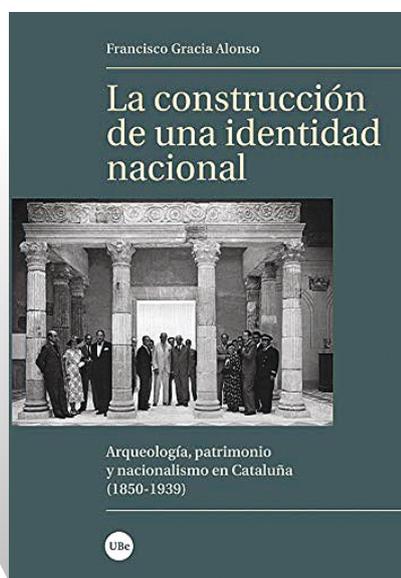


La construcción de una identidad nacional



FICHA BIBLIOGRÁFICA

GRACIA ALONSO, FRANCISCO, *La construcción de una identidad nacional. Arqueología, patrimonio y nacionalismo en Cataluña (1850-1939)*, Barcelona, Universitat de Barcelona edicions, 2018, páginas 760, ISBN: 978-84-9168-191-5.

Antonio Dupla Ansuategui | **Universidad del País Vasco**

AUNQUE EL LIBRO OBJETO DE ESTA RESEÑA es anterior a los debates más recientes sobre la revisión de la historia establecida y la necesaria reescritura del relato historiográfico que han sacudido los medios académicos, políticos y culturales del mundo occidental, su contenido está directamente relacionado con esos temas, en especial con el recurso al pasado en el discurso político. No hay aquí guerra de estatuas, pero sí el estudio pormenorizado y riguroso de un ejemplo evidente de utilización del pasado para la construcción e implementación de

* Esta reseña se integra en el trabajo del proyecto de investigación ANIHO 2020 PID2020-113314G-B-I00 y del Grupo de la UPV/EHU SPCUR GIU19/064.

un programa político. En este caso se trata, como aparece explicitado en un título que es todo un programa, del papel de la arqueología y el patrimonio en la construcción de una identidad nacional, la catalana, en el periodo que nos lleva desde mediados del siglo XIX hasta el final de la Guerra Civil en 1939.

Su autor es Francisco Gracia Alonso, Catedrático de Prehistoria en la Universidad de Barcelona y uno de los máximos especialistas en la historia de la arqueología española, en particular la catalana. Es un investigador de una capacidad de trabajo abrumadora, como lo demuestra la mera relación de los libros publicados en los últimos años: 2009, *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*; 2011, *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio*; 2012, *Arqueologia i Política. La gestió de Martin Almagro Basch al capdavant del Museu Arqueològic Provincial de Barcelona (1939-1952)*; 2015, *Pensar la Universitat. Escrits de Pere Bosch Gimpera*; 2015, *Roma, Cartago, iberos y celtiberos. Las grandes guerras de la península Ibérica*; 2017, *Luis Pericot. Un prehistoriador entre dos épocas*; y después de este que reseñamos, contamos ya con otros dos libros suyos: la nueva edición en 2019 de *Cabezas cortadas y cadáveres ultrajados. De la Prehistoria al Estado Islámico (2015)* y en 2021 *Ciencia y política La organización de la arqueología y la prehistoria en España (1850-1939)*.

Pero la valoración de su trabajo no puede ser meramente cuantitativa. Cualitativamente sus investigaciones revelan siempre una erudición de nuevo abrumadora. Un volumen de 757 páginas, con más de cincuenta de ellas de bibliografía y tres páginas recogiendo la lista de archivos, museos y centros de investigación consultados, con un agradecimiento explícito y nominal (un detalle que honra al autor) al personal de dichos archivos y centros. Esta labor de archivo que, en principio, no se asociaba tradicionalmente al trabajo en Historia o Arqueología, resulta fundamental en la análisis historiográfico y Francisco Gracia es un especialista indiscutible en ese terreno, que se refleja en el exhaustivo aparato de notas que recoge la documentación en la que apoya sus afirmaciones. Resulta todo un programa igualmente la frase con la que cierra el libro (p. 690), reivindicando «la crítica razonada y documentada».

Como decíamos, el título aclara a la perfección el contenido del libro, y las citas de Eugeni d'Ors y Enric Prat de la Riba con la que se abre apuntan ya en cierta medida el hilo conductor de ese proceso de “nation-building”, esa construcción nacional que el autor estudia pormenorizadamente a lo largo de casi una centuria. Se trata de la importancia del pasado en la articulación de la identidad nacional catalana, un pasado centrado en el mundo griego arcaico y clásico y el mundo ibérico, que permitía, apoyándose en textos clásicos pero también en restos materiales, algunos de la importancia del yacimiento de Empúries, la diferenciación desde los orígenes con el proceso histórico español-castellano. Con Prat de la Riba como principal adalid de este clasicismo helenófilo ese proyecto contaría no obstante con dificultades importantes para su consolidación, tanto en el propio ámbito catalán como en el plano español más general. En Cataluña habrá de lidiar con la opción historicista alternativa de la Edad Media y el románico como la expresión más genuina de la esencia catalana, con Puig i Cadafalch como su principal valedor; en el caso del relato historiográfico español desde las instancias centrales será el periodo romano el privilegiado, con la épica numantina al comienzo y las posteriores glorias de la romanización, a partir del pretendido protagonismo

hispano en el Imperio, apoyado materialmente en enclaves como Mérida o Itálica, opción dominante en aquellos periodos en los que la hegemonía política se impone desde el centro, como durante la dictadura primorrriverista o tras la victoria franquista en la Guerra Civil. Y frente a discursos y valoraciones más auto-laudatorias, que son incluso calificadas como hagiográficas (p. 689), el autor se pronuncia en términos mucho más prudentes y aquilatados sobre la brillantez y los logros de la arqueología catalana a lo largo de este período.

Este itinerario historiográfico y político se articula de manera ordenada a lo largo de los capítulos del libro que vemos reflejados en un índice claro y preciso, índice que, por cierto, y lo aplaudo, sigue la tendencia anglosajona de situarlo al inicio del libro. El punto de partida es el asociacionismo excursionista decimonónico de vocación cultural, en particular arqueológica y, a partir de ahí, la creación de una conciencia nacional popular, la progresiva conformación de la arqueología como uno de los elementos centrales en el proceso de construcción de una identidad nacional, con el papel estelar, como no podía ser menos, de Empúries, de la mano de Enric Prat de la Riba. La necesaria institucionalización y estructuración orgánica de las propuestas identitarias constituirá el siguiente paso, con la creación del Institut d'Estudis Catalans en 1907 como hito fundamental y con el yacimiento de Empúries como elemento clave de toda esta argumentación identitaria. Los intentos de internacionalización del Institut se ilustran alrededor del establecimiento de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma en 1910 y la Mostra de 1911 en las Termas de Diocleciano como ejemplo de una rivalidad científico-política entre las instituciones del gobierno central y las catalanas imprevisible y de nefastas consecuencias para todos.¹ La triste evolución de la Escuela en Roma en estas primeras décadas es un claro reflejo del tiempo y las energías despilfarradas en este estéril enfrentamiento. Quienes conocemos la Escuela y las dificultades que enfrenta para su definitiva homologación con otras instituciones internacionales de investigación en Roma lamentamos profundamente el lastre que representa un inicio tan infeliz, agravado posteriormente, hasta tiempos recientes, por la inacción, la burocracia y la falta de una auténtica, y bien financiada, perspectiva científica. El empuje conseguido por el Servicio de Investigaciones Arqueológicas del Institut d'Estudis Catalans se verá interrumpido por el cambio de paradigma de la dictadura de Primo de Rivera y tras el demasiado breve, aunque intenso, periodo republicano, en el que brilla la figura de Pere Bosch-Gimpera, el triunfo franquista en la Guerra Civil representaría la ruptura definitiva del proyecto nacionalista catalán durante una serie de décadas. Gracia conoce bien este último periodo, a través de la monografía dedicada a una figura clave del periodo como Martín Almagro Basch y a una larga serie de artículos. Tras la bibliografía el libro se cierra con un índice de nombres, muy útil en un volumen de estas características.

Como apuntábamos al comienzo de esta reseña, se trata de un muy serio estudio del desarrollo de la arqueología en Cataluña que, al mismo tiempo, destaca explícitamente la

1. Sobre la Mostra del 1911 en las Termas de Diocleciano llamamos la atención sobre el reciente volumen editado por Trinidad Tortosa, *Patrimonio arqueológico español en Roma. Le Mostre Internazionali di Archeologia de 1911 y 1937 como instrumentos de memoria histórica* (Roma, L'Erma di Bretschneider, 2019).

permanente lectura política del tema. La utilización, cuando no manipulación de la historia y la invención de la tradición como herramienta política recorren todas sus páginas y, lógicamente, no podía faltar la referencia al pionero libro de E. Hobsbawm y T. Ranger, *La invención de la tradición* (por cierto, si no me equivoco, traducido antes al catalán que al castellano). El autor no rehuye en absoluto esta dimensión política y así afirma con lucidez cómo la llegada de la llama olímpica en 1992 por Empúries representaría en cierta medida la culminación del discurso helenófilo de Prat de la Riba (p. 19). Son muy interesantes al respecto las páginas que el autor dedica a las iniciativas catalanas en solidaridad con la revuelta de Creta contra los turcos y el establecimiento de la autonomía política de la isla bajo control griego (1897), con un “Mensaje a S.M. Jorge I, rey de los helenos” (81), redactada en 1897 por Prat de la Riba y apoyada por gran número de asociaciones y publicaciones catalanistas, comparando los casos cretense y catalán, oprimidos respectivamente por los imperios turco y español (p. 81). En un campo minado como lo es todo lo relacionado con el proçes, el autor reclama con valentía una mirada crítica y documentada (recuerden la frase última del libro que hemos destacado antes), como cuando revisa la historia de las cuatro columnas rematadas por capiteles jónicos erigidas en 1919 a la entrada de la “acrópolis” de Montjuïc, proyecto de reforzamiento simbólico del clasicismo catalanista, cuyo derribo no se debió a la acción represiva de la dictadura primoriverista, como gusta de difundir el nacionalismo catalán y proclamó el Parlament cuando decidió su reinstalación en 2010, sino a una concepción arquitectónica del conjunto monumental que realizara la visión del Palacio Nacional y que chocaba con el diseño primero de Puig i Cadafalch (p. 412).

El libro ofrece una enorme riqueza de datos y transita con autoridad por la historia de la arqueología, su nervio central, pero también por la historia cultural, como cuando ilustra la construcción de ese discurso nacional a través de la música o la literatura y la novela histórica, o la historia político-institucional, como cuando reconstruye los sucesivos pasos de institucionalización de la arqueología tanto en Cataluña como en el conjunto de España. En ese sentido, lógicamente el libro se articula en torno a la evolución del caso catalán, pero la conexión es tan estrecha siempre con las instituciones centrales y la situación política general española, que constituye igualmente una revisión de la arqueología española del periodo estudiado, en este ámbito como es lógico con un nivel de concreción mucho menor.

Quizá una de las principales conclusiones, triste conclusión, que se puede extraer de su lectura es la secular dificultad para articular en el caso español un proyecto integrador de la complejidad y la pluralidad de la realidad española, tanto en el plano de la arqueología, el tema del libro, como a un nivel político más general. La permanente desconfianza de las instituciones centrales del Estado hacia las alternativas planteadas desde la periferia queda reflejada en lo que hace a las instituciones arqueológicas en las tensiones continuas, y esterilizantes, entre la Junta para Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos por una lado, y el Institut d’Estudis Catalans y su Servei d’Investigacions Arqueològiques por otro. Tensiones institucionales y personales que, en ocasiones pueden llegar a la infamia, como la operación de desprestigio contra P. Bosch-Gimpera, acusado en 1939 de saquear el Museo de Arqueología de Barcelona y de robar piezas para su beneficio personal o, incluso, de permitir

ejecuciones sumarias de prisioneros nacionales durante su mandato como consejero de Justicia de la Generalitat en 1937 y 1939 (p. 666), todo ello radicalmente falso.

El autor habla en las conclusiones de “nacionalismo exclusivista, tanto el español como el catalán” (p. 679) y no podemos sino estar de acuerdo en que ese es uno de los elementos clave de los distintos desencuentros que este magnífico libro nos ayuda a conocer.